

Más Allá de la Tradición: Cambios en la Configuración de la Pareja y Desafíos para la Crianza en el Siglo XXI. Una Mirada Sistémica

Begoña Olabarría González¹, Joaquín Manuel Pastor Morales², M^a Dolores Barros Albarrán³ y Sergio Sánchez Reales⁴

AESFASHU, Madrid, España

El presente artículo analiza la complejidad de las relaciones de pareja contemporáneas, examinando la evolución de los modelos familiares y la influencia en ellos de factores socioculturales, históricos e individuales. Se destaca la transformación de la formación de la pareja y la aparición de nuevas formas de relación. Además, se revisa el impacto del capitalismo emocional y la cultura inmediatezista y de consumo en las relaciones de pareja, así como el papel de la tecnología en la configuración de sus nuevas dinámicas. El artículo también aborda la deconstrucción de los roles de género y los movimientos a ellos asociados, así como los desafíos y riesgos asociados a la crianza en la sociedad posmoderna. En última instancia, se enfatiza la necesidad de comprender la complejidad de las transformaciones sociales y desarrollar habilidades de pensamiento crítico para abordar los desafíos emergentes en las relaciones de pareja y la crianza.

Palabras clave: Relación de pareja, evolución dinámica, capitalismo emocional, variables de configuración, crianza, sexo, género.

The present article analyzes the complexity of contemporary romantic relationships by examining the evolution of family models and the influence of sociocultural, historical, and individual factors. It highlights the transformation of couple formation and the emergence of new relational dynamics. Additionally, the study reviews the impact of emotional capitalism and the culture of immediacy and consumerism on romantic relationships, as well as the role of technology in shaping their evolving dynamics. The article also addresses the deconstruction of gender roles and the associated social movements, along with the challenges and risks linked to parenting in postmodern society. Ultimately, it underscores the need to comprehend the intricate nature of social transformations and to cultivate critical thinking skills to navigate emerging challenges in romantic relationships and parenting.

Key Words: Romantic relationship, dynamic evolution, emotional capitalism, configurational variables, parenting, sex, gender.

English Title: *Beyond Tradition: Changes in Couple Configuration and Parenting Challenges in the 21st Century. A Systemic Approach*

Cita bibliográfica / Reference citation:

Olabarría González, B., Pastor Morales, J.M., Barros Albarrán, M.D., Sánchez Reales, S. (2025). Más Allá de la Tradición: Cambios en la Configuración de la Pareja y Desafíos para la Crianza en el Siglo XXI. Una Mirada Sistémica. *Clínica e Investigación Relacional*, 19 (1): 92-111. [ISSN 1988-2939] [Recuperado de www.ceir.info] DOI: 10.21110/19882939.2025.190108

¹ Psicóloga Clínica. Directora científica CES AESFASHU. Vocal Consejo Asesor Ministerio Sanidad España. beolagoera@gmail.com

² Psicólogo Clínico. Hospital Universitario Virgen Macarena (Sevilla). Didacta CES AESFASHU. joaquinpastormorales@hotmail.com

³ Psicóloga General Sanitaria (Clínica Oryzon, Sevilla). Especialista en Psicoterapia Sistémica AESFASHU. lolabarrosalbarran@gmail.com

⁴ Psicólogo Clínico. Hospital Universitario de Jerez de la Frontera (Cádiz). Especialista en Psicoterapia Sistémica AESFASHU. s_sanchez_reales@hotmail.com (E-mail de contacto con los autores de este trabajo)

Introducción

Las relaciones de pareja pueden ser entendidas como entidades dinámicas afectadas por un crisol de aspectos de diferente naturaleza: familiares, culturales, políticos, históricos, diádicos e individuales, de modo que los procesos de creación, constitución, mantenimiento y, caso de producirse, ruptura, están sujetos a cambios en aquellas variables. Iglesias (2023), siguiendo las tesis de Alicia Illouz (2020), adopta un enfoque construccionista para analizar las relaciones de pareja, considerando que son cocreadas y enfatizando su naturaleza compleja, situacional, contingente y multifactorial.

La diversidad de parejas y estructuras familiares actuales es el resultado de una evolución compleja, influenciada por la diversidad de contextos socioculturales e históricos. Los modelos de pareja han presentado y presentan hoy una gran variedad de formas, desde el tipo de unión hasta las dinámicas de poder internas, pasando por algo tan importante como el proceso en que éstas se configuran como tales. Tal diversidad, edificada sobre los valores, normas y prácticas propias de cada sociedad, determina una heterogeneidad de modelos familiares a lo largo del tiempo, donde aspectos como la edad en la que se establece formalmente el matrimonio (o la pareja como tal) o las relaciones intergeneracionales han variado sustantivamente. Pensemos en:

- 1) Los matrimonios concertados, con fuerte carácter religioso y jerarquías patriarcales propias de las *sociedades tradicionales*.
- 2) El surgimiento del amor romántico como base del matrimonio y la división de roles por género de las *sociedades industriales*.
- 3) La *revolución de la mujer* y sus implicaciones en una mayor participación de éstas en el mercado laboral (con diferencias notables, en tanto que en clases más favorecidas hubo un mayor acceso a la cultura, mientras que el trabajo manual en el entorno industrial y doméstico fue más imperante en la clase obrera), el cuestionamiento de los roles de género tradicionales y las relaciones de poder dentro de la pareja (así como su generalización progresiva y rápida a partir de la aparición de los anticonceptivos).
- 4) La *liberación sexual*, la desvinculación de la sexualidad de la reproducción, la mayor autonomía femenina y las nuevas formas de entender las relaciones de pareja.

Para comprender esta multiplicidad, es necesario adoptar una perspectiva histórica y comparativa, teniendo en cuenta que estos modelos no son entidades estáticas, sino construcciones sociales que varían en tiempo y espacio y no uniformemente. Aunque los modelos ideal-típicos pueden servir de referencia, es fundamental reconocer la

heterogeneidad intra e intercultural, así como la influencia de factores contextuales en la conformación y evolución de las relaciones de pareja.

Centrándonos en las últimas décadas, la constitución tradicional de pareja a través del matrimonio ha experimentado una profunda transformación (Coontz, 2005). La institución matrimonial, otrora anclada en estructuras legales, religiosas y culturales rígidas, ha visto erosionar su carácter obligatorio en sociedades occidentales, donde la cohabitación y otras formas de unión adquieren mayor relevancia (Alberich, 2019). La visibilidad de una pareja se construye hoy en día a través de una multiplicidad de indicadores, que van desde la convivencia y la procreación hasta la construcción de redes sociales y patrimonios compartidos (o no).

De este modo, frente al modelo tradicional de relación, de corte patriarcal y monogámico, vienen surgiendo nuevas formas de relacionarse en las que cobran especial relevancia la “necesidad” individual y el placer (Campo y Ramo, 2019), así como el consumismo, la acumulación de experiencias sin compromiso o inmediatez, pudiendo esto ser la expresión de la priorización del placer sexual y de una configuración individualista/narcisística del ser humano. La emergencia de nuevas formas de relación, como el poliamor (forma de relación no monogámica consentida por los implicados), el *Living Apart Together* (parejas, frecuentemente mayores, que viven en hogares separados) o las parejas abiertas, refleja una creciente diversidad afectiva y una renegociación de los roles de género y las expectativas relacionales (Hu y Coulter, 2024).

El presente artículo tiene como objetivo analizar dinámicas socioculturales que subyacen a la emergencia de nuevas configuraciones familiares. Así pues, exploramos cómo la deconstrucción de los roles de género y la diversidad sexual han desafiado los modelos tradicionales de pareja y el binarismo normativo de género. Finalmente, el texto analiza las intersecciones entre las características de sociedades occidentalizadas, la era digital de la información y las prácticas parentales contemporáneas, con el fin de presentar algunas implicaciones de este complejo entramado en la parentalidad/crianza.

Relaciones de Pareja en la Sociedad Capitalista Tardía. Elementos Nuevos o con Diferente Entidad y Significado

Illouz (2019) conceptualiza el *capitalismo emocional* como una dinámica sociohistórica que entrelaza íntimamente las esferas económica y afectiva. Este proceso, desarrollado a lo largo del s. XX, se caracterizaría por una tendencia a concebir la naturaleza de las emociones según premisas de índole económica. Esto es, la *emocionalización* del comportamiento económico

y la *racionalización* de la vida afectivo-emocional, acordes con las exigencias del mercado, tendrían como efecto un enfoque mercantilista que concibe al individuo, sujeto o ciudadano, como agente de consumo. La lógica inherente a los algoritmos de consumo masivo perpetuaría este ciclo, generando un mensaje de satisfacción del deseo que provoca una demanda insaciable y, por ende, una felicidad siempre elusiva. En este contexto, el *capitalismo escópico*, centrado en la imagen, también habría contribuido a reconfigurar las relaciones afectivas, promoviendo una cultura de la inmediatez y fragilidad en los vínculos interpersonales (Illouz et al., 2022), estableciendo y promoviendo comparaciones de igualdad o desigualdad entre quienes tienen “capital sexual” y quienes no lo tienen. Así, el devenir del s. XX y el desarrollo de la sociedad posindustrial inicia una transformación social que aspira a alcanzar espacios de expresión personal y autonomía individual radicalmente diferenciadas de los propuestos por generaciones anteriores, cuestiones que naturalmente impactarán de lleno sobre la pareja y sus condiciones de formación y desarrollo (de Singly y Cicchelli, 2004). Tras la Segunda Guerra Mundial se retrasó la edad del matrimonio en toda Europa y se inició un declive de la fecundidad conyugal sin precedentes históricos (Engelen, 2004), lo que se une al uso de anticonceptivos orales que liberan a la vez que separan la conducta sexual de la concepción y la reproducción, aumentando a lo largo del siglo las parejas de hecho, la visibilidad de las parejas del mismo sexo, las segundas y terceras uniones y la tolerancia a la diversidad de las formas de vivir las relaciones en pareja con una alta legitimidad social. De esta forma, el emparejamiento pasa de ser un destino para convertirse en una opción (Alberdi, 1979).

La pareja se constituye como uno de los tableros de juego que dirime tensión entre las tendencias individualistas y comunitarias en las sociedades avanzadas, lo que resulta en la configuración y evolución de sus aspectos nucleares; por ejemplo, en su conformación o confirmación de su no-conformación como modelo de pareja, la diversificación de prácticas comportamentales internas, las nuevas formas de entender su disolución o la decisión de una vida en soledad. En este punto, merece la pena recordar la matización de Ketokivi (2012), al entender que “la emergencia del individualismo debe entenderse como un proceso relacional” (p. 57). Y ello por ser las personas seres relacionales con deseos y trayectorias cuya existencia no es autónoma sin la referencia del otro, por lo que la pareja representa un nivel de complejidad relacional que a su vez participa (y es participado) en y de un contexto de referencia específico atravesado y partícipe de reglas, valores y metas familiares, sociales, ideológicas, culturales, económicas, etc.

Las sociedades avanzadas siguen un proceso de destradicionalización (Beck y Beck-Gernsheim, 2012; Carter y Duncan, 2016) donde, en los tiempos del capitalismo tardío y la cultura del consumo, emergen con dominancia valores individualistas (Bauman, 2002; Illouz,

2020). Es razonable plantear la evolución social hacia el individuo solitario (o quizá redefinido en pareja inestable o “fluida”) como optimización de la respuesta a la movilidad exigida por un mercado de trabajo cada vez más global, inestable y móvil (Coleman, 1993), y que con ello se conformen valores sociales favorables a un individualismo máximo para afrontar los vaivenes emocionales de las nuevas relaciones (Gabb y Fink, 2018), marcadas por el deterioro de la ética del compromiso ante el proyecto de construcción relacional de la pareja.

La configuración de la pareja se orienta hacia una confluencia de individualidades complementarias, edificada sobre *formas negociadas de intimidad*, de naturaleza flexible y una concepción de poder casi contractual que agrega el sentimiento de cada parte y desdibuja el propósito de construir una relación compartida hacia el desarrollo de una proyección vital común. Bajo esta lógica, la unión se dilatará en el tiempo mientras se mantenga el interés de ambos miembros (Guiddens, 1995), en un contexto de valoración de la erotización de la vida cotidiana en que cobran más importancia la satisfacción sexual y los afectos inmediatos (Ayuso y García, 2014). Para Carter (2017), el nuevo individualismo y la *relacionalidad* constituyen una solución paradójica; si bien la tradición aportaría seguridad y pragmatismo, la soltería o ciertos emparejamientos alternativos optimizan la adaptación a una realidad como la contemporánea (Carter y Duncan, 2016), desde el punto de vista económico, geopolítico, demográfico, ecológico y social lábil e inestable. Otros autores entienden esta sociedad como hiperindividualizada, donde la pareja es una mera ficción (Lipovetsky, 2012).

No obstante, la incursión en la sociedad de la información impone realidades aún en transición; coexisten reglas y tendencias propias de modelos sociales previos, al tiempo que emergen aceleradamente nuevos perfiles propios respecto a la pareja y la familia (Carter y Duncan, 2018; Gabb y Fink, 2018; van Hooff, 2013). Por ejemplo, en España la pareja continúa representando un contexto relacional preponderante. Únicamente el 8% de los españoles mayores de edad afirmaba no haber tenido pareja (CIS, 2017), mientras que alrededor del 70% mantiene alguna relación de este tipo en la actualidad (CIS, 2021). Sin embargo, el propio concepto de pareja evoluciona desde una cuestión objetivable en rituales y ritos de paso concretos (Ferrándiz y Verdú, 2004; Iglesias de Ussel, 1987) hacia otro de naturaleza privada y subjetiva, establecido desde la interpretación particular de sus propios miembros en el proceso de negociación de la intimidad (con frecuencia eludiendo la explicitación del tiempo).

En un reciente trabajo, Requena y Ayuso (2019) han descrito la modernización social en la España de la sociedad de la información centrada en la transformación de la noción social de soltería y de pareja. Para estos autores, el referente tipo ideal de pareja clásica, que surgió

en la modernidad posindustrial, presentaba un perfil bien definido: una unión monógama de dos personas heterosexuales convivientes en el mismo hogar, vinculados en una experiencia descrita como “amor romántico”. La pareja compartiría un proyecto común para toda la vida, e implicaría relaciones sexuales orientadas a la procreación que excluye a terceros. Sin embargo, este referente se enfrenta actualmente a diversos debates a partir de las tendencias de la nueva sociedad digital y de la información (Domínguez y Lesnar, 2018), respecto a las que se han señalado algunas evoluciones divergentes que, por su relevancia, bosquejamos a continuación.

Tradicionalmente la pareja se establecía sobre la base de marcas objetivables, visibles ante terceros, alrededor de las cuales se institucionalizaban las relaciones entre los sexos. Las nuevas configuraciones priorizan los elementos subjetivos, emocionales y comunicativos entre los polos de la relación, con una menor necesidad de aprobación de familias de origen y de la sociedad. El hecho de presentarse frente a terceros como algo más que amigos, o el tener un proyecto común a corto y medio plazo, son indicadores que se pueden utilizar para identificar los distintos modelos de relaciones de pareja. En realidad, las nuevas modalidades relacionales consideran abiertamente posible la ruptura de la unión frente al anterior proyecto de vida en común con límites en el fallecimiento de uno de sus miembros (Illouz, 2020), instaurándose la “democratización del divorcio” como producto de un aligeramiento de las barreras estructurales para la ruptura. Todo ello repercute en la disminución de la fortaleza de la red familiar y la aparición de la soledad como problema, compensada con la aparición de los amigos en la red próxima.

Las relaciones sexuales y la satisfacción que comportan adquieren un papel más importante en las relaciones actuales, bajo niveles variables de compromiso en cada uno de los miembros. Las parejas abiertas y poliamorosas despiertan con frecuencia un consenso negativo o inseguro e inestable en su contexto relacional significativo, sobre todo por la gestión de los sentimientos cuando se pasa de dos a tres personas, volviendo a no considerarse “parejas” sino “relaciones”.

Sin embargo, los cambios habidos no socavan el peso y el valor que se otorga a las infidelidades en el seno de las relaciones. La infidelidad forma parte de la propia constitución del concepto de pareja y es desentrañada de forma particular según el pacto de la relación explícito y, sobre todo, implícito; consciente y, al mismo tiempo, de dimensión más extensa y profunda que lo definible, bajo un índice de tolerancia dispar. Ante los posibles conflictos de poder relacional derivados por las inestabilidades emocionales intrínsecas a esta dinámica, lo que se sanciona es la traición o deslealtad que sitúa a un individuo por encima o por debajo del pacto y su gestión explícita (Sánchez y Faroldi, 2014), obviando la relevancia

de cualquier proceso de construcción relacional. El desarrollo de las tecnologías de la información y la comunicación (TIC) contribuye a la proliferación de estas infidelidades (Shani y Garima, 2018), desde el anonimato, la asequibilidad y la accesibilidad a estos mercados de relaciones potenciales (Cooper, 1998).

La introducción de las TIC ha generado mercados de emparejamientos en línea cuyo funcionamiento aspira a asimilar la experiencia presencial y en línea (Alonso et al., 2022). El acceso a esta ingente oferta, de forma rápida y sencilla, ha transformado la forma de emparejarse (Levitin, 2020), incrementando tanto las posibilidades de contacto como los riesgos ligados a la no-presencialidad, donde se destacan la comunicación empobrecida por la pantalla, la imagen corporal parcelada, el riesgo de falseamiento comunicativo en la implicación/construcción relacional, etc. Ciocca et al. (2020) introduce el concepto de *sociosexualidad* como forma de mantener relaciones de tipo sexual sin precisar compromiso alguno, lo que favorecería la acumulación de experiencias sexuales inmediatas, facilitadas por la TIC, con desarrollo en webs y aplicaciones de citas. La virtualidad ha supuesto una reconceptualización de la relación de pareja en términos de "presencialidad física" que ha posibilitado no sólo la existencia, también la permanencia y ruptura de estas relaciones. Pensemos que, en el contexto actual de la sociedad de consumo, caracterizada por la lógica del capitalismo emocional y escópico, el individuo se ha convertido en un producto más, sometido a las presiones de la imagen y la competitividad. La exacerbación del individualismo narcisista, fomentada por las redes sociales y los medios de comunicación de masas, ha llevado a una intensificación de la búsqueda de validación social y reconocimiento externo, con base en rasgos superficiales no correspondientes con la realidad (Brooker y Jones, 2016). La necesidad de proyectar una imagen idealizada de sí mismo, a través de la construcción de perfiles cuidadosamente seleccionados en las redes sociales y la acumulación de bienes materiales, sin una conexión profunda con los valores personales y de verdadera necesidad, ha generado un ciclo de insatisfacción y ansiedad. La lógica del mercado, que promueve la constante renovación (también de pareja) y la búsqueda de la novedad, se ha infiltrado en las relaciones interpersonales, generando una cultura del descarte y la inmediatez, una constante disonancia cognitiva (Schwartz, 2015) por cuanto la posibilidad de que exista siempre una pareja mejor (una "mejor opción" en un singular mercado) dificulta la construcción de vínculos sólidos y duraderos.

En la modernidad se diversifican las modalidades de convivencia de ambos miembros de la pareja en el mismo hogar, cuestionado por las parejas sin convivencia, como forma idónea de combinar la relación con la independencia y vínculos externos propios (Ayuso, 2012). Esta coyuntura condiciona aspectos vinculados a la reproducción y la crianza; al aumentar las opciones de renunciar a la descendencia en el seno de la pareja, la opción a tener hijos en

soledad o el embarazo por encima de los cuarenta años en el caso de las mujeres, y por supuesto, la configuración de relaciones de pareja en familias reconstituidas (Mynarska y Rytel, 2019).

En definitiva, la noción social de pareja se encuentra en un proceso de cambio en nuestra sociedad digital, propia de una cultura de países occidentales avanzados que se extiende por otras zonas del mundo. Existe una amplia diversidad de tipos de establecimiento de nuevas relaciones y emergen múltiples formas de interpretar y vivir la relación de pareja, conformando diversas dinámicas relacionales para sus miembros en su contexto. Más allá de esta lógica de decisión privada respecto a la opción de la pareja, las consecuencias de la elección atraviesan la totalidad de los contextos significativos de desarrollo del individuo, e impactan en consecuencia en la esfera pública y en la propia organización de la sociedad: aspectos tales como la configuración del estado del bienestar, la organización de los cuidados, la fecundidad, el sentimiento de soledad, etc.

Los Nuevos Tipos de Pareja

Acabar en la sexualidad con el binarismo, ligado a la fisiología genital, es un *cambio tipo 2* (Bateson, 1972) que se está produciendo actualmente. Este cambio busca diferenciar y autonomizar el deseo de la oposición exclusiva masculino-femenino. Se trataría de un cambio tipo 2 orientado a demoler lo masculino/femenino como "norma sexual", reconociendo las diferentes configuraciones del deseo y su carácter inaccesible. De este modo, el movimiento LGTBQ+ puede verse como una respuesta ideológico/filosófica a la concepción ontológica del deseo binario, desafiando la noción de que el comportamiento sexual y la identidad están determinados únicamente por los genitales.

Sin embargo, reconocer el deseo más allá de las normas binarias es complejo y requiere algo más y distinto que la autopercepción y el sentimiento, precisa atender la singularidad (en gran medida inaccesible) del deseo como elemento primordial. Los seres humanos, moldeados por la genitalización y la sexualización contextual desde el nacimiento, desarrollan en, con y desde su contexto relacional significativo un proceso de elaboración psicológica para construir sus deseos propios, un proceso que puede verse obstaculizado por el individualismo atomizado característico de las sociedades modernas, en las que se prioriza la gratificación inmediata y el consumo con el determinante añadido de exigencias que abarcan hasta las identidades -o, mejor, pseudoidentidades- que identifican sujeto y ciudadano con consumidor, disparan comprensiones inmatistas y consumistas de configuraciones y experiencias simplificadoras, suplantadoras de la elaboración o configuración del deseo, su inaprensible identidad y su imposible saciedad. Resulta cada vez

más presente la pseudoidea de que el deseo habita el cuerpo (como una entidad a adaptar al deseo) y, junto a ello, el exacerbamiento del significado/uso/sentido de identidad que viene a usarse como equivalente de lo esencial y auténtico, ocultando su muy frecuente uso tribal.

Tomando como “enemigo” al binarismo, parece llegar a cosificarlo bajo nuevas normas rígidas y pseudonaturalezas “anti” (“antiCIS heteropatriarcal”), generando pseudoidentidades en una inacabable búsqueda de nuevas denominaciones cosificadoras del deseo y sus apuestas limitadoras, aunque definidas como liberadoras, que por su concepción simplista y carácter “pseudo” no favorecen elaboraciones maduras de la configuración/construcción del deseo, por cuanto lo pseudo y simplificador tiñe la percepción de sí y del contexto relacional y se instala configurando identidades frágiles y vulnerables, convirtiendo el cuerpo en un objeto a conformar según sentimientos a los que se otorga rango de identidad. Pero la anatomía y su fisiología son diferentes al deseo (elaborado), requieren de un proceso: apropiarse de la anatomía del propio cuerpo e integrarla para configurar el deseo adulto, con rango propio e irreducible a la norma binarista. En este sentido, Recalcati (2024) enfatiza la desconexión e incoherencia ontológica entre sexo y género, argumentando que la anatomía genital no determina el deseo, que resultaría inaccesible para ser normativizado por la genitalidad. En consecuencia, el género requiere un complejo proceso de apropiación del sexo en una elaboración sostenida, donde el nivel y grado de conciencia no son plenos ni el contexto relacional significativo puede quedar excluido. Así, la “elección” de género, como proceso elaborativo en construcción, no es plenamente consciente ni puede ajustarse a nombres cosificadores.

Como veremos en el punto siguiente, las prácticas parentales marcadas por lo “pseudo” desde la atribución de libre elección consciente de género en cada niño y adolescente, dificultarían el establecimiento del contexto funcional para la elaboración del proceso madurativo en el contexto significativo, representando un modo disfuncional de crianza generador de riesgos. Las respuestas terapéuticas prefijadas de apoyo/defensa de la supuesta *elección sexual* en base al sentimiento, enmarcadas en ocasiones en posiciones “pseudo” de los padres en la crianza, *abocan a* praxis y vínculos terapéuticos que pueden resultar disfuncionales y generadores de riesgos.

Como ideología, la consideración antisensual de la identidad de género o, lo que es lo mismo, desvinculada del cuerpo y del placer, conduce a una politización del deseo sexual, donde las preferencias individuales son cuestionadas y se impone una norma identitaria. El deseo sexual, tradicionalmente considerado una experiencia personal y privada, está siendo llevado al ámbito político y social, convirtiéndose en un tema de debate y de luchas de poder (Srinivasan, 2022). Para esta autora, en el “progresismo” actual, el fuerte énfasis en la

performatividad de género ha llevado a una especie de imposición de ciertas formas de entender y expresar el deseo, asignando una suerte de coerción discursiva sobre éste. Así, nos hallamos ante una aparente defensa de la libertad individual que choca con posturas radicales del activismo trans (Kaveney, 2020) en el que se apuesta por una disociación entre género y sexo para imponer una norma identitaria que, paradójicamente, restringe la pluralidad del deseo. Al negar la pertinencia de las diferencias corporales en el ámbito de la sexualidad y el deseo, se incurre en una negación de la dimensión somática de éste, reduciéndolo a una mera construcción social. El movimiento trans, de carácter emancipador en tanto busca la liberación y la igualdad para las personas trans, contiene el riesgo de configurar un nuevo agente de regulación que vendría a establecer las normas y expectativas sobre cómo deben ser las personas trans, subordinando la experiencia subjetiva a una ideología identitaria de perfiles tribal y/o de secta.

Es importante señalar que el prejuicio sociocultural que, frecuentemente, la mayoría de las personas de género no-hetero sufre supone presiones, descalificaciones, desprecios... daños, en definitiva, que conllevan situaciones de riesgo para ellas, muy particularmente en sociedades donde no existe su legalidad en la normativa vigente. Es urgente y necesario abordar, en el medio social, el cambio colectivo de estos prejuicios generadores de riesgos y daños que impactan provocando sufrimiento y, en ocasiones, dificultades en el desarrollo y en las vidas de las personas de género no-hetero. Comprender y abordar terapéuticamente el sufrimiento derivado de la represión de género exige su identificación y la elaboración del daño recibido para favorecer y apoyar el cambio. Conviene no olvidar que es el medio (cultural y social, con sus valores y reglas jugadas en el contexto significativo de la persona trans) el que genera ese daño injusto y con frecuencia demoledor. La persona trans puede contribuir activamente a su transformación en primera persona. No obstante, la condición de víctima no confiere una superioridad moral intrínseca. Elevar a la víctima a una autoridad moral, hace que su discurso se vuelva prevalente, obstaculizando un análisis complejo que nos aleje de la polarización y de la victimización secundaria, al trascender la lógica dicotómica de víctima y opresor. No olvidemos que la construcción de una *identidad* basada exclusivamente en el sufrimiento puede generar dependencia y perpetuar el ciclo de victimización.

Comprender las Transformaciones Sociales

Musil (1906) acuñó el término *analfabetismo del miedo* para describir la incapacidad para evaluar y gestionar miedos propios y ajenos. Aunque es responsabilidad del adulto (y de la crianza) razonar las causas que sustentan los miedos de los demás, frecuentemente se

utilizan instrumentos relacionales orientados a generar miedo en el otro en un contexto “nuestro” o, en su caso, ridiculizar miedos ajenos. Este desprecio a los miedos de los demás contiene una condescendencia que supone una ubicación implícita asimétrica (a veces, negada) de poder en la relación, que con frecuencia dificulta entenderlos. Cabe aquí referirse a la posible arrogancia tácita de convertir la supuesta propuesta de comprensión en una maniobra dirigida a una descalificación que incluiría el mensaje de que se trata de falsos temores propios de alguien inseguro. De modo que sería preciso considerar el riesgo de que el interés de tomarse en serio los miedos de los otros no contenga descalificación o menosprecio, pues sus poseedores vendrían a ser mal informados, resentidos o crédulos... Así, el analfabetismo del miedo nos lleva a sentirnos abrumados y confundidos ante la complejidad de las transformaciones sociales que se suceden en el mundo moderno. Esta sensación de inseguridad y miedo nos orientaría hacia grupos cerrados y homogéneos organizados en torno a identidades y lealtades tribales, a menudo basadas en etnia, religión, nacionalidad o ideología política. Estas identidades, que se vuelven más importantes que las identidades cívicas compartidas, exacerban las divisiones sociales y políticas, dificultando sinergias y puntos de encuentro y, por ende, artefactando cualquier orientación hacia la cooperación.

La historia de la humanidad está repleta de ejemplos de cómo los miedos han moldeado sociedades, culturas y movimientos políticos. Comprender los temores que subyacen a las acciones de las personas es fundamental para analizar las fuerzas que impulsan el cambio social en cada etapa histórica. Detrás de algunas transformaciones sociales suele haber algún miedo intenso que, por diversos motivos, no logramos comprender. Si bien es cierto que algunas veces los miedos tienen una endeble base lógica y argumentativa, demasiadas veces atribuimos opiniones y comportamientos que no compartimos a la irracionalidad. Pensemos también en los miedos insertos en nuestras sociedades ante el cambio en las relaciones de pareja. El analfabetismo del miedo podría ser utilizado para comprender y relacionarse con los miedos que, con independencia de las dosis de razón que los sostengan, nos parecen insólitos. Este tipo de miedos está surgiendo entre nosotros, los psicoterapeutas, y más en general entre los profesionales de Salud Mental, ante los cambios en las configuraciones relacionales de pareja. Y si fuera miedo, como barruntamos, no se busca comprender, sino cerrar la incertidumbre, y así la mirada se contamina, la escucha se cierra y el proceso terapéutico se empobrece cuando se dirige a liderar la construcción de una identidad del paciente, proceso contrario a acompañar y dar soporte a las elaboraciones que el proceso de desarrollo/construcción de género requiere. Esa condescendencia benevolente esconde un tono de superioridad que no va a ayudarnos a comprender que está

dando lugar a reacciones perezosas para la escucha y, por tanto, a la identificación, análisis y comprensión.

En su examen de las transformaciones sociohistóricas contemporáneas, Susan Neiman (2023) se erige como una crítica del tribalismo, un fenómeno que erosiona los pilares de la Ilustración –razón, igualdad y justicia– al exacerbar la polarización social en facciones antagónicas que impiden la resolución de problemas colectivos. Neiman también manifiesta su inquietud por ciertos aspectos de la "cultura woke", en particular aquellos que fomentan la cancelación de individuos por opiniones controvertidas o que simplifican la complejidad de los desafíos sociales a dicotomías simplistas de opresor y oprimido. Estas tendencias pueden exacerbar la intolerancia, la polarización y la erosión del debate, elementos centrales de una sociedad democrática saludable. A pesar de reconocer la necesidad de adaptarse a las nuevas realidades de una sociedad en constante cambio, Neiman aboga por un modelo de transformación social basado en principios universales que prioricen la inclusión y la justicia para todos, en lugar de la división y la confrontación.

También Edgar Morin (1994), en el intrincado tapiz de las transformaciones sociales contemporáneas, se alza como un guía. Este pensador, exponente del paradigma de la complejidad, concibe la sociedad como un sistema dinámico y multifacético, donde elementos económicos, políticos y culturales convergen en una especie de baile interdependiente. Morin, que nos invita a trascender las explicaciones simplistas y reduccionistas orientándonos a abrazar la incertidumbre y las contradicciones inherentes a los procesos de cambio, nos recuerda que las transformaciones sociales no se despliegan en una trayectoria lineal y predecible, sino que se caracterizan por su naturaleza zigzagueante pertrechada de eventos inesperados. En este escenario complejo, los individuos participan en la configuración del devenir social. Para aprehender la esencia de las dinámicas transformadoras, Morin propone el *pensamiento reflexivo*, que nos insta a cuestionar nuestros propios sesgos y prejuicios, a la par que analizar críticamente la información que nos circunda.

De modo que el miedo, los posicionamientos tribales y la ceguera intelectual dificultan el análisis complejo del mundo que nos rodea, induciendo a menudo a la adopción de actitudes de rechazo hacia lo desconocido. Superar estas limitaciones y desarrollar una "inteligencia de la complejidad" que permita comprender la interconexión de los fenómenos sociales, así como adoptar actitudes abiertas y flexibles ante los cambios, exige el desarrollo de habilidades de pensamiento crítico, escucha activa y curiosidad. Estas habilidades nos protegen de los riesgos asociados a simplificaciones, generalizaciones erróneas y juicios de valor.

En el actual contexto de policrisis y cambio de era, el pensamiento complejo de Edgar Morin (2010) se revela como un enfoque esencial. La transición que experimentamos, marcada por la incertidumbre, exige un análisis que trascienda las explicaciones simplistas y abarque la complejidad inherente a los fenómenos sociales, políticos y económicos.

Basándonos en los principios fundamentales del pensamiento complejo, concebimos la realidad como un sistema interconectado en constante transformación, donde las partes y el todo se influyen mutuamente. En un escenario de policrisis, donde diversas crisis se entrelazan y potencian, el pensamiento complejo nos ayuda a comprender la naturaleza multifacética de los desafíos que afrontamos en un mundo contemporáneo caracterizado por la incertidumbre y la imprevisibilidad. Morin nos previene sobre los riesgos de la simplificación y subraya la necesidad de adoptar una actitud de humildad ante la complejidad de la realidad. En un contexto de cambio de era, donde lo nuevo emerge y lo antiguo se desmorona, la incertidumbre se convierte en una condición intrínseca a nuestra existencia. Navegar en esta incertidumbre implica aceptar la ambigüedad y fomentar la creatividad.

Sin embargo, la adopción de esta perspectiva a menudo encuentra resistencia en el ser humano. Ante la afirmación de que el mundo es complejo y está en constante cambio, personas y colectivos humanos pueden aferrarse a la ilusión de control, buscando certezas donde no las hay. En última instancia, aceptar la complejidad y la mutabilidad del mundo, así como la incertidumbre inherente a la existencia, requiere la incorporación de la "bruma" y la incertidumbre al análisis de los hechos sociales, es decir, requiere la humildad de reconocer que nuestra verdad, es al menos, incompleta.

Elementos de Crianza Responsable

En el mundo de las sociedades occidentales, marcado por una *policrisis* (geoestratégica, demográfica, tecnológica, de valores y ecológica, entre otras), la infancia y la adolescencia se hallan determinadas por un eje cultural vinculado a la aceleración del tiempo y la dimensión "hiper", caracterizada ésta por la hiperconexión, la hipersexualización o la hiperactividad, entre otras. Esta cultura de la inmediatez y el exceso ha generado una confusión entre los derechos de los niños y su capacidad de autodeterminación en su contexto significativo, socavando así el proceso gradual de desarrollo propio de cada etapa evolutiva. De este modo, se borra lo propio de la infancia que, a diferencia de otros momentos vitales posteriores, no es un periodo para decidir elementos centrales de futuro, sino para disfrutar, curiosear, explorar, aprender e ir asumiendo, en un contexto de marco seguro, una construcción propia en y con el contexto relacional significativo del que participa

y forma parte. Se olvida, en definitiva, que no hay un yo previo al contexto relacional, por tanto, se abren nuevos e importantes riesgos.

Atribuir a niños y adolescentes responsabilidades propias de adultos ignora la importancia de un desarrollo gradual, acelerando artificialmente su madurez. Esta aceleración, manifestada en la exposición temprana a contenidos adultos, en la permisividad en cuestiones fundamentales y en la delegación de decisiones importantes, genera una confusión de roles y dificulta la construcción de una identidad propia. La crianza, en lugar de ser un proceso de acompañamiento y guía, se convierte en una negociación constante con "pequeños adultos", socavando la autoridad parental y dejando a los niños expuestos a situaciones que sobrepasan sus capacidades. O lo que es lo mismo, a una relajación de los límites y a una falta de estructura en la crianza que niega la importancia de un marco protector y de referencia que expone a niños y adolescentes a situaciones de vulnerabilidad y les priva de la oportunidad de desarrollar su autonomía de manera gradual y segura.

Hallamos, de este modo, a niños que, aunque fragilizados, ejercen un poder relacional en su contexto familiar invirtiendo el triángulo de Haley (1976) y desarrollándose en un aprendizaje de apuesta por la satisfacción inmediateista de sus requerimientos y deseos en unas relaciones globales donde la satisfacción se liga al consumo. Por tanto, asistimos a un establecimiento de falta de límites generacionales, con una asignación de capacidad de elección en los niños que puede resultar como poco inadecuada o disfuncional. Sin embargo, los procesos responsables de crianza con límites requieren de un tiempo en 3 secuencias: el momento de mirar (cuando percibimos algún deseo o necesidad del hijo), el momento de atender la otredad del hijo en su desarrollo (cuando tomamos una decisión) y, en medio, el tiempo para comprender (intervalo necesario para comprender las consecuencias de ese deseo, ese impulso y tomar una decisión). Esta aceleración del tiempo, que se enmarca en la era de las redes sociales y la realidad digital, ha supuesto un factor decisivo en la obcecación de este proceso hiper, que contribuye a borrar los límites propios de la vida (contexto relacional y tiempo), al tiempo que nos aboca a pretenderlo todo inmediatamente y sin restricciones. La entrada masiva de los niños en esos espacios virtuales puede suponer la eliminación de la infancia exploradora, concedora, experiencial en proceso con y de límites relacionales en evolución del contexto significativo. También es introducir desamparo, justo en el momento en que la crianza funcional ha de proteger ese tiempo, que -atravesado, transitado, elaborado a su ritmo- les permitirá hacerse adultos responsables de sí mismos en su contexto.

Muchos padres de hoy ejercen la crianza entendiéndola como distinta a la que vivieron como hijos. Introducen valores en la misma como el hecho de que esta sea compartida no sólo por

la pareja, sino también por el entorno macro (escuela, iguales. abuelos...). No obstante, con bastante frecuencia encontramos a las parejas con importantes problemas relacionales, sobrecargados por la inseguridad laboral, con horarios extendidos ad infinitum en el contexto del teletrabajo, agotados y que mantienen, muy a su pesar, una relación con los hijos mediatizada por las actividades escolares y extraescolares.

En este contexto de agotamiento, es fácil renunciar a la puesta de límites o ser laxos con los mismos, erigiéndose como feedbacks sancionadores del buen hacer parental, por una parte, la apuesta por la satisfacción inmediateista (Salguero y Rodríguez, 2022) y, por otra, mantener a los hijos sobrecargados de tareas, las cuales no estarían necesariamente ligadas a necesidades o actividades compartidas con los padres, sino que, en demasiadas ocasiones, se acabaría haciendo un uso excesivo de pantallas y redes (también por parte de los padres), con el consecuente distanciamiento (cada vez mayor) de la comunicación funcional paterno-filial y la presentación de una falsa identidad en redes sociales que buscaría competir en la virtualidad por lo que en la realidad no se tiene o se desprecia. En definitiva, aunque en apariencia presentes, los padres se encuentran ausentes en la crianza responsable de sus hijos, encontrándose sumergidos en un ejercicio que, a nuestro juicio, provoca aislacionismo, narcisismos disfuncionales, fragilidad interna y vulnerabilidad, pero que ofrece una respuesta efímera y tóxica a las necesidades adultas (o no) de los padres (laborales, conyugales, relacionales y de cualquier otro tipo).

Se genera así un nuevo periodo para el adulto en el que establece nuevas condiciones individuales, de pareja y familia para su construcción relacional y, por tanto, nuevos riesgos invisibles para el ejercicio funcional de la crianza. ¿Pero, y si la responsabilidad parental desatiende las necesidades del hijo y su evolución relacional para centrarse en el establecimiento por atribución de una inestable superficialidad identitaria, definida como liberadora? ¿Y si las atribuciones identitarias no sólo no satisficieran a los hijos, sino que éstos, además, se expresaran con base a un self en construcción desde la lealtad a los deseos y requerimientos de sus progenitores, a quienes irrenunciablemente aman? (Miller, 1992). Es preciso visualizar, conocer y enfrentar/atender estos riesgos para sostener parentalidad y crianza sanas.

Algunas reflexiones finales

1. Con inesperada rapidez, la posibilidad de separación del comportamiento sexual de la reproducción y con ello el progresivo establecimiento de un modo de *apropiación* nuevo del propio cuerpo, viene generando un abanico de cambios entre los que el surgimiento de nuevas modalidades de configuración relacional de la pareja, y concepciones colectivas

sobre sexo, género y deseo, están asistiendo a cambios a veces casi “colonizadores”, desde posiciones ideológicas con frecuencia no compatibles con el conocimiento científico vigente.

Los grandes avances sociales de las últimas décadas en materia de respeto a los derechos humanos, han introducido también nuevas perspectivas respecto de roles sexuales con reconocimiento y valoración de lo que hasta hace poco quedaba considerado patológico por no quedar encuadrado en los tradicionales, abriéndose así una perspectiva y praxis nuevas y sanas. Pero nuevas posiciones ideológicas sin base en desarrollos de conocimiento, están teniendo hiperbólicos desarrollos que, a nuestro juicio, introducen riesgos en cuanto a lo alcanzado y también daños en personas y familias desde concepciones que, presentadas como “avanzadas”, más parecen asentarse en nociones identitaristas tribales, cosificadoras y excluyentes que resultan confundientes para muchos y que vienen ejerciendo un modo de poder espurio y dominante sobre importantes sectores de la población, también del ámbito científico-profesional de la salud mental que a veces se comporta de manera temerosa en el necesario afrontamiento de todo ello.

2. Sexo y género. El consenso científico-profesional dejó establecido hace décadas que el sexo guarda relación con el aparato fisiológico de la reproducción. Nuestra especie humana, desde una perspectiva inevitablemente materialista, viene como otras especies a tener reproducción binaria. Como señalan Errasti y Pérez (2022), es la especie la que es binaria, lo que no hay que confundir con que los individuos de la especie lo sean también. Así, la especie lo es. Los individuos no. El correlato antropológico, cultural, económico, etc. que se establece en evolución, fue implantando estereotipos de rol que va asentando sentidos progresivos hasta la diferenciación de género respecto del sexo, que no vendría determinado por éste, es decir, por la fisiología sexual. Hoy con frecuencia queda incorporado el sentido/valor del género como una quintaesencia identitaria esencialista e idealista. En cualquier caso, el género ha pasado de ser considerado una construcción social que establece roles determinados por atribución, a reconocerse como una construcción privada en el proceso elaborativo del desarrollo de cada individuo en su contexto relacional. Son abundantes las concepciones esencialistas del género del individuo tanto en textos (filosóficos, de pensamiento, legislativos, profesionales...) cuya entidad vendría dada de manera espontánea/natural y que podría oponerse a la conformación sexual dada por la fisiología del propio cuerpo. Por otra parte, no tiene sentido establecer la idea biológica de sexos intermedios. Existen variaciones discretas dentro del sexo mujer o dentro del sexo varón. Variaciones que no niegan la lógica y entidad binaria del sexo. Tampoco el llamado “tercer sexo” en viejas pero existentes culturas (Méjico, Samoa, India...) en que hombres son educados como mujeres y que ciertos discursos tratan de presentar como una entidad natural/esencialista de un tercer sexo, pero su sentido se alcanza y obtiene en esos contextos

culturales y no como tal tercer sexo. Es decir, no cabría establecer una comprensión de género en espectros o escalas biológicas o culturales ni por tanto las afirmaciones de diferentes cerebros, en escala, entre masculino y femenino. Sin embargo, las ideas dominantes en ciertas posiciones ideológicas no lo reconocen así y mantienen discurso y búsquedas de cambios normativos que amparen/promuevan los espectros de intersexualidad en *continuums neurosexistas* inexistentes.

3. Hanna Arendt se refirió a *la perversión de lo igual* (Barros, 2021) para referirse a un orden simbólico del capitalismo donde la cuantificación configura pseudorrealidades homogéneas, simples, planas. Las excepciones dejarían de serlo para configurar nueva categoría a su vez excluyente de complejidad plana, homogénea. Esa condición aportaría una cualidad: la maleabilidad. Hoy, en un escenario de policrisis que se viene desarrollando en un mercado mundial, la generalización de pseudorrealidades homogéneas y planas con perfiles de mercancía es un hecho que afecta a los discursos sobre sexo-género-deseo.

Si atendemos a la incorporación de estas posiciones en los discursos sobre el género que "nominalizan" mientras niegan la singularidad del deseo, de cuya asunción elaborada dependería la configuración de género, podemos entender el carácter disfuncional que contienen. Además, queda un *orden* en que el dominio se establece en discurso simple identitario presentado como respeto a las minorías: la singularidad homogénea, una opción ideológica pseudouniformizadora o mejor, que tapa un modo ideológico de uniformidad/uniformización alienadora. Si la identidad se establece en base al nominalismo, prima la cuantificación de pseudorrealidad plana versus la singularidad y condición única de identidad de género a partir de los procesos elaborativos del deseo, separado de la procreación y del binarismo sexual fisiológico de la especie.

La demanda de pseudoidentidad plana está determinada y favorece una comprensión de elección alienante en la sociedad de consumo. La primacía de la demanda sobre la configuración del género a partir del deseo elaborado en, desde y con el contexto significativo, queda así establecida y hasta defendida como liberadora, generando pseudonecesidades que se reclaman como derechos.

4. El miedo, los posicionamientos tribales y la ceguera intelectual pueden obstaculizar nuestra capacidad para comprender la complejidad de las transformaciones sociales y del mundo en general. En este sentido, es fundamental desarrollar una "inteligencia de la complejidad" que nos permita navegar por la incertidumbre y abrazar la complejidad del mundo que nos rodea.

REFERENCIAS

- Alberdi, I. (1979). *Historia y Sociología del Divorcio en España*. Madrid: CIS.
- Alberich Nistal, T. (2019). ¿Poliamor, amor libre o en libertad? Potencialidades y dificultades. *MLS psychology research*, 2(1), 99-116.
- Alonso, M. F., de Miguel Luken, V., Faroldi, L. G., Moreno, J. M. G., Cabello, J. M. J., Rodríguez, O. J., y Gutiérrez, N. K. (2022). *La gestión de la intimidad en la sociedad digital: parejas y rupturas en la España actual*. Fundación BBVA.
- Ayuso, L. (2012). Living Apart together en España ¿Noviazgo o parejas independientes? *Revista Internacional de Sociología* 70 (3), 587-613. <https://doi.org/10.3989/ris.2011.07.18>
- Barros, M. (2021). *Anatomía de la modernidad*. Grama ediciones.
- Bateson, G. (1972). *Pasos hacia una ecología de la mente*. Gedisa.
- Bauman, Z. (2002). *Amor líquido. Acerca de la fragilidad de los vínculos humanos*. Barcelona: Paidós.
- Beck, U., y Beck-Gernsheim, E. (2012). *Amor a distancia: nuevas formas de vida en la era global*. Grupo Planeta (GBS).
- Brooker, C. y Jones, A. (2016). *Nosedive* (Temporada 3, Episodio 1). En C. Brooker, *Black Mirror*. Zeppotron & House of Tomorrow.
- Campo, C., y Ramo, M. (2022). *Terapia de pareja e infidelidad. Un modelo de diagnóstico relacional e intervención terapéutica desde la perspectiva sistémica* (Vol. 16). Ediciones Morata.
- Carter, J. (2017). Why marry? The role of tradition in women's marital aspirations. *Sociological Research Online*, 22(1), 1-14. <http://doi.org/10.5153/sro.4125>
- Carter, J., y Duncan, S. (2017). *Reinventing couples: Tradition, agency and bricolage*. Palgrave Macmillan London. <http://doi.org/10.1057/978-1-137-58961-3>
- Carter, J., y Duncan, S. (2017). Wedding paradoxes: Individualized conformity and the 'perfect day'. *The sociological review*, 65(1), 3-20. <http://doi.org/10.1111/1467-954X.12366>
- Ciocca, G., Robilotta, A., Fontanesi, L., Sansone, A., D'Antuono, L., Limoncin, E., ... y Jannini, E. A. (2020). Sexological aspects related to Tinder use: A comprehensive review of the literature. *Sexual medicine reviews*, 8(3), 367-378.
- Centro de Investigaciones Sociológicas. (2017). Estudio nº 3.201. *Encuesta Social General Española (ESGE)*, CIS.
- Centro de Investigaciones Sociológicas. (2021). *Encuesta sobre relaciones sociales y afectivas en tiempos de pandemia de la COVID-19*. CIS. https://www.cis.es/documents/d/cis/es3325marmt_a
- Coleman, J. S. (1993). The Relational Reconstruction of Society. *American Sociological Review*, 58(1), 1. <https://doi.org/10.2307/2096213>
- Coontz, S. (2005). The Evolution of matrimony: the changing social context of marriage. *Annals of the American Psychotherapy Association*, 8(4), 30-34.
- Cooper, A. L. (1998). Sexuality and the Internet: Surfing into the new millennium. *Cyberpsychology & behavior*, 1(2), 187-193. <http://doi.org/10.89/cpb.1998.1.187>

- De Singly, F., y Cicchelli, V. (2004). Familias contemporáneas: reproducción social y realización personal. En D.I. Kertzer & M. Bargagli (Eds.), *La vida familiar en el siglo XX* (pp. 417-464).
- Domínguez-Folgueras, M., y Lesnard, L. (2018). Familles et changement social. *L'Année sociologique*, 68(2), 295-314.
- Engelen, T. (2004). Una transición prolongada: aspectos demográficos de la familia europea. En *Historia de la familia europea* (pp. 373-416). Paidós Ibérica.
- Errasti, J., Álvarez, M. P., Domingo, R., y Valcárcel, A. (2021). *Nadie nace en un cuerpo equivocado*. Deusto.
- Ferrándiz, A., y Verdú, V. (2004). *Noviazgo y matrimonio en la vida española 1974- 2004*. Taurus.
- Gabb, J., y Fink, J. (2017). *Couple relationships in the 21st century: Research, policy, practice*. Springer.
- Guiddens, A. (1995). *La transformación de la intimidad. Sexualidad, amor y erotismo en las sociedades modernas*. Cátedra.
- Haley, J. (1976). *Problem-solving therapy*. Jossey-Bass.
- Hu, Y., y Coulter, R. (2024). Living Apart Together and Older Adults' Mental Health in the United Kingdom. *The Journals of Gerontology*, <https://fapympe.com/parejas-mixtas-o-transculturales-desde-el-enfoque-de-la-psicoterapia-sistemica-transcultural/B: Psychological Sciences and Social Sciences, gbae192>.
- Iglesias de Ussel, J. (1987). *Sociología del Noviazgo en España*. Jaén: Caja General.
- Illouz, E. (2019). *Capitalismo, consumo y autenticidad: las emociones como mercancía*. Katz Editores.
- Illouz, E. (2020). *El fin del amor: Una sociología de las relaciones negativas*. Katz editores.
- Illouz, E., Kotliar, D., Beresňak, F., y Gulman, P. S. (2022). Subjetividad capitalista, Tinder y la emocionalización de la Web. Traducción. Bitácora. <https://www.aacademica.org/psgulman/10>
- Ketokivi, K. (2012). The intimate couple, family and the relational organization of close relationships. *Sociology*, 46(3), 473-489. <http://doi.org/10.1177/0038038511422552>
- Levitin, M. (2020). *The Future of Seduction*. Unbound Publishing.
- Miller, A. (1992). *El Drama del Niño Dotado*. Tusquets.
- Morin, E. (1994). El paradigma de la complejidad. *Introducción al pensamiento complejo*, 87-110.
- Morin, E. (2010). *Pensar la Complejidad. Crisis y Metamorfosis*. Universidad de Valencia.
- Mynarska, M., y Rytel, J. (2020). Fertility desires of childless poles: Which childbearing motives matter for men and women?. *Journal of Family Issues*, 41(1), 7-32. <http://doi.org/10.1177/0192513x19868257>
- Neiman, S. (2023). *Left is not Woke*. John Wiley & Sons.
- Requena, F., y Ayuso, L. (2019). Individualism or complementarity? The effect of digital personal networks on face-to-face personal networks. *Information, Communication & Society*, 22(14), 2097-2111.

Sahni, S. P., y Jain, G. (Eds.). (2018). *Internet infidelity: An interdisciplinary insight in a global context*. Sonipat (HARYANA): Springer.

Salguero, M., y Rodríguez, A., (2022). *De la Paternidad a las Paternidades en la Trayectoria de Vida: Contextos, Significados y Experiencias*. Universidad Autónoma de Tlaxcala.

Sánchez, L. A., y Faroldi, L. G. (2014). *Los españoles y la sexualidad en el siglo XXI*. CIS, Centro de Investigaciones Sociológicas.

Schwartz, B. (2015). *The paradox of choice: Why more is less*. Harper Perennial.

Van Hooff, J. (2016). *Modern couples?: continuity and change in heterosexual relationships*. Routledge.
<http://doi.org/10.4324/9781315595887>

Original recibido con fecha: 30/3/2025 Revisado: 30/3/2025 Aceptado: 30/3/2025

Conflictos de interés: Los autores declaran no tener conflictos de interés.